

CANSADAS

Una reacción feminista frente
a la nueva misoginia

NURIA VARELA



Cansadas es el sugerente título del nuevo libro de la autora de *Íbamos a ser reinas* y *Feminismo para principiantes*. En él, la autora evidencia las nuevas y sutiles formas del patriarcado para seguir discriminando a las mujeres bajo el velo de la igualdad, nuevas formas de sexismo y de misoginia, más encubiertas pero igual de machistas.

Índice de contenido

Cubierta

Cansadas

Prólogo

Introducción

1 El año que cumplimos 40 años

2 ¿Por qué no puedo olvidar a Lola Muñones?

Micromachismos

El mito del amor romántico

3 Memorias de una asesora del Ministerio de Igualdad

Solo hacía falta una excusa

La ley del aborto

El mapa del clítoris y otras memeces

Un gobierno herido, un ministerio sacrificado

4 Cansadas de la violencia

Los triunfantes guerreros de dios

Ciudad Juárez, epicentro del feminicidio, el reino de la impunidad

Las semillas del odio

¡Sácame de aquí!

¿Dónde están las trincheras?

5 Cansadas de la nueva misoginia

La nueva misoginia

La cultura del simulacro

El silencio, mandato patriarcal por excelencia

Hacer como si no...

Justicia simbólica
La cultura del menosprecio
La cultura de la violación
Penalistas y feminazis
El libre consentimiento

6 Cansadas de no tener
El gigante escondido
La caja de pandora de Bescansa
No hay cenas gratis

7 Cansadas de estar cansadas
De la frustración a la esperanza

Notas

Bibliografía

Sobre el autor

Notas

Prólogo

Para las que nacimos en los ochenta o principios de los noventa, libros como el que ahora sostienes en las manos son un soplo de victoria.

Nosotras, que cuanta más conciencia feminista adquirimos, más cercanas a la realidad nos sabemos.

Nosotras, que entendemos que ese acercamiento pasa, inevitablemente, por alejarnos de la ficción de algodones y unicornios en la que nos dijeron que vivíamos pero donde solo residen ellos.

Nosotras, que cuanta más conciencia adquirimos vemos en ese «ellos» a un número cada vez mayor de gente..., porque si antes los machistas solo eran dos o tres, para nosotras ese «ellos» empieza a convertirse en casi todos.

Nosotras, que a veces perdemos la fe y no sabemos cómo traerlos (y traerlas) hasta este lado, el lado del «darse cuenta», el lado del feminismo.

Nosotras, que estamos evolucionando en una dirección que sigue sin ser la dirección de la mayoría, que nos alejamos sin remedio de muchas personas que antes formaban parte de nuestro entorno y aun así nos sentimos satisfechas. Y nos sentimos satisfechas porque ahora nos conocemos mejor a nosotras mismas, y disponemos de más herramientas con las que pelear contra los mensajes inoculados que nos dañaban.

Nosotras, que sentimos que ganaremos esa batalla invisible.

Lo nuestro está siendo tan poco a poco, que no advertimos que el feminismo nos había estado armando hasta los dientes con escudos y lanzas ingravidos de los que ya no podríamos desprendernos ni queriendo, y eso nos hace caminar más seguras, alzar la barbilla, mirar a los ojos. Poco a poco. Cada vez más lejos de ese «ellos», cada vez más cerca de nosotras mismas, cada día un poco más equilibradas sobre el eje de nuestras caderas. Firmes, centradas, cada día más cerca de encontrar nuestro lugar exacto en este mundo hecho para ellos.

Pero nosotras —que sentimos que el feminismo nos aleja de un mundo en el que nos habíamos acostumbrado a andar de puntillas— no tenemos lo suficientemente presente que antes de nosotras hubo muchas otras.

Nosotras, que llegamos a casa y abrimos este libro, leemos a Nuria Varela y, mientras devoramos los extractos de Kate Millett o Maruja Torres que vamos encontrando en sus resquicios, nos inunda de emoción la presencia de las Otras. Y sentimos admiración y agradecimiento, porque estos escudos y estas lanzas ingravidos no los forjamos solamente nosotras, sino que fueron ellas quienes empezaron a forjarlos, y antes de ellas otras, esas Otras que también se alejaron de un mundo ficcionado para estar más cerca de sí mismas. Y se vuelven tangibles entre estas páginas. Y sentimos que también para ellas debió de ser doloroso a veces, porque crecer duele, sí, pero no tiene por qué paralizar. Y las imaginamos solas, porque su conciencia surgió mucho antes que la nuestra, y cuanto más retrocedemos en el tiempo comprendemos cuanto más a solas y señaladas debieron de sentirse. Pero las sabemos satisfechas y sin incertidumbres. Cansadas a veces, sí, pero guerreras siempre. Exactamente igual que nosotras. Y sabemos que cuanto más nos alejemos de ese mundo de algodones y unicornios del que ellos disfrutaban —donde el machismo no existe, loca—, estaremos más cerca de esas Otras que de «ellos». De las Otras que hace muchas generaciones empezaron a de-

ribar muros para que, entre todas, entre las Otras y nosotras, construyamos un mundo nuevo donde no solo quepan todos sino donde quepamos todas. Porque esas Otras somos nosotras mismas. Y tras nosotras vendrán muchas más que pensarán a su vez en nosotras y sabrán que las armas con las que ganarán esta batalla en algún momento de la Historia las fuimos construyendo juntas, pasándonoslas de mano en mano como un testigo en un carrera de relevos a lo largo del tiempo.

Y la victoria será de las Otras, será nuestra y será de todas.

BARBIJAPUTA

*Para todas las mujeres que se levantan cansadas,
se acuestan agotadas y, aun así,
no dejan de trabajar todos los días
para construir un mundo mejor.*

*Para mi madre.
A pesar de todo, y por encima de todo,
una mujer infatigable.*

Introducción

Estoy convencida de que la mía es una generación desperdiciada (que no perdida). Perdernos, lo que se dice perdernos, comenzamos a hacerlo más o menos cuando empezamos a cumplir cuarenta años, cuando llegó la famosa crisis económica y a nosotras nos pilló con unas vidas complejas sin resolver y comenzamos a oír que estábamos demasiado cualificadas para cualquier trabajo al que optábamos. No nos sobraba cualificación, aunque éramos la primera generación que habíamos entrado en torrente a la universidad y efectivamente atesorábamos títulos, currículos y experiencia. Lo que nos sobraba era carácter. Habíamos peleado demasiado como para aceptar sin más la pérdida de derechos y la precariedad que nos ofrecían.

Las mujeres que nacimos en España a finales de los años sesenta del siglo XX —y somos un montón—, llegamos a la juventud creyéndonos pioneras y con todas las intenciones de comernos el mundo^[1]. Probablemente lo fuimos. Éramos herederas (aún sin mucha conciencia) de varios intentos de generaciones anteriores por tener vida propia; hijas de madres que empujaban con mucha fuerza, conocedoras de lo que había sido el franquismo en sus vidas y deseosas de que fuésemos mujeres libres; producto de toda una generación feminista que sin ningún reconocimiento había hecho realidad la famosa Transición. Porque aún silenciado o negado en los libros de historia, el verdadero cambio de régimen hacia la democracia lo habían protagonizado las mujeres, no solo con su empeño en eliminar

las leyes que las consideraban menores de edad perpetuas, sino con lo más difícil, demoler las costumbres de una sociedad machista hasta el esperpento.

Y ahí estábamos nosotras, dispuestas a no defraudar. Lo intentamos con todas nuestras fuerzas, como si nos fuese la vida en ello (y lo cierto es que se trataba de un asunto vital), pero algo no salió como esperábamos. Quizás es hora de saber qué y, sobre todo, por qué. Como diría Nelson Mandela muchas veces a lo largo de su vida, «una vez más me pareció necesario hacer una distinción entre los principios y la táctica».

Mucho antes de que la ola de indignación y los olores de la Primavera Árabe recorrieran el mundo, muchas mujeres estábamos cansadas de estar cansadas. La música nos suena. Podríamos interpretarla sin partitura y la letra apenas tiene modificaciones. Podemos cambiar crisis económica europea por crisis latinoamericana, primavera árabe por procesos de descolonización.

El relato es que estamos cansadas de estar siempre comenzando. Y sobre todo, estamos cansadas de ser invisibles. A estas alturas, resulta casi imposible cambiar actitudes y valores en un cuerpo agotado por la doble o triple jornada, por las microviolencias y micromachismos diarios —en el trabajo y en las relaciones personales—, por la exigencia del mito de la belleza y la eterna juventud, la medicalización excesiva y la patologización de todos los procesos naturales de nuestros cuerpos.

Invisibles. De vez en cuando, muy de vez en cuando, alguien se hace alguna pregunta pero aún estamos esperando las respuestas. El mismísimo CES (Consejo Económico y Social) se planteaba, en su informe de diciembre de 2011, en qué medida participamos las mujeres de las mejoras derivadas de la expansión económica y el empleo vividas en los años que precedieron a la crisis, y en qué medida nos han afectado sus consecuencias.

En octubre de 2016 se cumplieron 33 años del nacimiento del Instituto de la Mujer. La creación de este organismo autónomo supuso, en la práctica, el comienzo de las políticas de igualdad en España. Además de otras muchas cuestiones, también significó el reconocimiento del movimiento organizado de mujeres como una parte más del desarrollo político de este país.

Un tercio de siglo después, los cambios sociales, el desarrollo del cuerpo legal y jurídico respecto a la igualdad entre mujeres y hombres, el desarrollo de la teoría de género y del pensamiento feminista, la incorporación tanto de acciones positivas como de la transversalidad en la acción de gobierno nos indican los éxitos obtenidos. Sin embargo, en el día a día, los indicadores no se muestran tan complacientes: las brechas salariales y digitales, la violencia de género, la precariedad, el mito de la conciliación o, peor aún, de la corresponsabilidad... La realidad de las mujeres nos indica que, o bien solo se ha maquillado el rostro pero la estructura permanece tal cual, o como ya escribió Susan Faludi, ante la posibilidad de cambios reales en las relaciones de género, la reacción patriarcal no se ha hecho esperar^[2].

Nos hemos hecho mayores y no nos gusta lo que vemos. Es tiempo de nuestra propia reacción. Hemos sido hormigas. Ya es hora de que nos toque ser cigarras.

1

El año que cumplimos 40 años

Dame la perseverancia de las olas del mar, que hacen de cada retroceso un punto de partida para un nuevo avance.

GABRIELA MISTRAL

El año que cumplimos 40 años no teníamos tiempo para llorar. El año que cumplimos 40 años teníamos, sobre todo, cansancio. Ese era nuestro mayor tesoro: toneladas de cansancio acumuladas. Cansancio por hacerlo todo solas, por nadar a contracorriente a diario, por haber apoyado sistemáticamente a todas nuestras sucesivas parejas, por haber nos embarcado solas en la hipoteca, por haber aguantado la presión laboral...

Pero llamarlo tesoro era una barbaridad porque ¿qué se podía hacer con ese cargamento? ¿A quién se le podía vender? ¿Quién iba a querer comprarlo? Ni siquiera se podía meter en cajas y llevarlo a un trastero.

El año que cumplimos 40 años, los trasteros estaban de moda. Las casas eran demasiado pequeñas y las familias, paradójicas, demasiado nuevas pero con demasiada historia, con demasiadas cosas que guardar. Las familias, ya no se podía hablar de familia en singular: monomarentales, monoparentales —las menos—, reconstruidas, en trámites y procesos de separaciones o divorcios, extensas, numerosas...

Aunque ese cargamento, tan pesado, nos había dado a cambio, algunos bienes: la santa indignación, el pragmatismo y, es hora de reconocerlo, una buena dosis de cinismo.

Nuestra indignación había llegado a santa porque era realmente lo único que a estas alturas venerábamos. Si no hubiese sido por ella, por la capacidad que nos daba para rebelarnos, para reinventarnos después de cada fracaso, para fortalecernos ante las dificultades, algunas no estaríamos vivas.

El pragmatismo era fundamental y el cinismo nos permitía, por lo menos, algo de sexo. Si estás convencida de que no existe *el príncipe azul*, ni tan siquiera *el hombre de tu vida* (como mucho, hay hombres o mujeres en tu vida), puedes mantener relaciones más o menos largas, más o menos intensas con quien te dé la gana, no tienes peligro de quedarte enganchada en ningún tipo de dependencia.

A veces, era tremendamente útil.

Cuando teníamos 15 años y éramos estudiantes de bachillerato, quedarse embarazada era lo peor que podía pasarte. El año que cumplimos 40 años, la mayoría éramos madres o estábamos en ello. Muchas, orgullosas madres solteras de hijos deseadísimos. ¿Cómo cambió todo en tan poco tiempo? Hasta el nombre. Ahora ya no éramos madres solteras sino familias monoparentales, o monomarentales, según quién nos nombrara.

Es difícil de explicar, pero a nosotras nos pilló en medio. Es más. Fuimos las protagonistas. Silenciadas, más bien enmudecidas, pero las protagonistas.

El año que cumplimos 40 años, el cansancio no era patrimonio de nuestra generación. También estaban cansadas las mayores y buena parte de las jóvenes, pero hay que reconocer que esa generación desperdiciada que había nacido a finales de los sesenta, era la más agotada. Había sido pionera entrando masivamente en la universidad, había sido la encargada de hacer realidad los sueños de las madres que empujaban con fuerza hacia una idea fundamental:

«Estudia, consigue un buen trabajo y luego haz lo que quieras. Inventa tu propia vida y sé independiente económicamente». Lo hicimos. La maternidad quedó postergada, la retrasamos al menos diez años, otras la rechazaron de plano. La pareja no fue solo una, los divorcios numerosos y el trabajo, nunca tan bueno como soñamos y jamás remunerado como merecíamos. Nos convertimos en una generación sándwich, sin el prestigio ni el reconocimiento que tuvieron algunas de nuestras mayores y sin el acceso a los puestos de responsabilidad que tenían las más jóvenes. Nos encontramos como una loncha de jamón atrapadas en el cuidado de nuestras hijas e hijos, demasiado pequeños, y nuestros padres y madres, demasiado mayores.

El año que cumplimos 40 años éramos las dueñas de las agendas-ciencia ficción, las que nunca se hacían realidad. Estaban repletas de deseos, planes, proyectos y objetivos que ni un solo día coincidían con nuestras vidas. Cada noche nos dormíamos con la ilusión de que algún día, al despertarnos, pudiéramos abrir los ojos preguntándonos: ¿y hoy, qué quiero hacer? Porque cada mañana, al ritmo del despertador, la mente se ponía en marcha con la otra pregunta, la odiada, la temida ¿y hoy, qué tengo que hacer? Incluso llegó un momento en que hacer la maleta, para nosotras, para las que nos lanzamos a recorrer el mundo apenas cumplimos la mayoría de edad, era una pesadilla.

El año que cumplimos 40 años nos preguntábamos si ocurriría lo mismo con todo: ¿Se llega a cansar una de lo que más amó, de aquello con lo que más disfrutó? Últimamente, con decenas de maletas destrozadas —casi todas en los trasteros, como los pasaportes caducados, por aquello de conservar pruebas evidentes de lo que una fue—, el ejercicio romántico que un día supuso empaquetar para un viaje se convirtió en meter cosas prácticas muy rápido y sin pensar.

Y, además, ¿cómo se viste una para entrar en los cuarenta?

¡Las modas! Las modas son un fenómeno bien interesante. Naomi Wolf lo había explicado perfectamente a comienzos de los años noventa^[3]. Desde entonces sabíamos que el mito de la belleza había llegado para suplir la mística de la feminidad. Con la llamada «liberación» de las mujeres, el control que ya no ejercía lo doméstico se suplió por asuntos tan triviales como el aspecto físico, el cuerpo, la cara, el pelo o la ropa. Fue la reacción contra el intento más potente de libertad sexual y reapropiación del cuerpo por parte de las mujeres.

Ahora, en los comienzos del siglo XXI, las modas nos prohíben envejecer. Algo tan ridículo como las canas, tiene trascendencia política. El año que cumplimos 40 años, teñirlas o no era una decisión trascendental. Prácticamente se habían convertido en una muestra de rebeldía ante un sistema que solo quiere ver veinteañeras de cualquier edad y, para ello, no deja de promocionar *lifting*, *botox*, cremas milagrosas... cualquier cosa que quite arrugas y, de paso, genere ingentes beneficios para la industria cosmética al tiempo que sirva de pretexto para echar a las mujeres del sistema productivo en cuanto no siguen la norma de ocultar el paso del tiempo. Aún no están bien vistas las mujeres sabias, por lo tanto, que todas parezcamos jovencitas inexpertas.

La escritora María Xosé Queizán también ha reflexionado a fondo sobre algo aparentemente tan frívolo como los zapatos. Queizán está segura de que ningún hombre aceptaría caminar o ir a trabajar manteniendo el equilibrio sobre unas prolongaciones circenses. Además de la incomodidad, a su juicio, no resistirían el ridículo. «Las mujeres, por el contrario —afirma—, compran encantadas esos apéndices de tortura y salen orgullosas haciendo equilibrios al circo social. Y esto se considera normal».

¿Cómo no estar cansadas viviendo a toda velocidad, embutidas en una talla 38, sobre un tacón de 7 centímetros